

Tierra y Libertad

Numero suelto: 10 cts.

Redacción y administración: Calle Cadena, 39, 2.º, 1.º

Paquete de 30 ejemplares 200 pts.
Suscripción: España, un trimestre. 200
Extranjero 300

Batiburrillo internacional

Aunque ya parece haberse alejado el peligro de una guerra entre el Perú y Chile, vale la pena dedicar un comentario, siquiera sea este breve, al conflicto que se creyó inminente durante toda la pasada semana.

Parece ser que en Chile fueron atacadas algunas propiedades pertenecientes a peruanos y ello ha sido causa de que unos días se hablara de una probable guerra entre ambos países. ¿Otra guerra? ¿No hablamos convenido en que Europa se ensangrentaba porque fuera esta guerra de peruanos han sido atacadas por chilenos? ¿Os parece pequeño este motivo? ¿Acaso creéis que la guerra europea ha tenido objetivos más elevados? ¿Otra guerra, sí! ¿Y cuántas todavía mientras dure la organización burguesa, vístase ésta con ropaje imperial, o vístase con traje democrático.

Las multitudes chilenas peruanas han estado expuestas a matarse, porque unas ajenas propiedades han sido atacadas. Estas multitudes, que materialmente hacen la guerra, ¿son propietarias de algo en alguna parte? El mundo entero, siguiendo el ejemplo, hasta ahora aún no finado, se hubiera dividido en *peruanófilos* y *chilenoófilos*; se habría invocado la cultura, la lucha de razas (¿serán los chilenos y los peruanos de distinta raza?), la justicia, el derecho, la libertad...; se habría dicho que era aquella la última guerra, la definitiva, si ella hubiera tomado grandes proporciones. Todos los sofísticos postulados que han servido para enardecer a las ignorantes masas europeas, se habrían vuelto a esgrimir como poderosos, contundentes argumentos. Y sobre todo, Chile y el Perú, haciendo la guerra, habrían escrito el primer capítulo para la norma a seguir por la naciente Sociedad de las Naciones...

Habiéndose alejado el peligro de esa guerra, por el momento, queda la primacía del espíritu pacifista porque habrá de regirse la proyectada Liga de Naciones a Norte América, e inmediatamente después, a Inglaterra. El primero de estos países ha acordado construir, hasta el año 1920, 150 y tantos buques de guerra, de distintas clases, más de los que hasta ahora formaban su escuadra. El segundo ha dicho, por boca de su ministro de Municiones, Mr. Winston Churchill, en un reciente discurso, que «nada en el mundo, ni los argumentos más convincentes, ni los llamamientos seductores, deben inducirnos a abandonar nuestra supremacía naval». Y después: «Soy un abogado lleno de esperanzas y sinceridad, de la Liga de Naciones... Pero la Liga de Naciones no es un sustituto de la supremacía de la Marina británica. Es esta una cuestión ante la cual debéis manteneros en guardia. La supremacía naval es de vital importancia para nosotros»...

El pacifismo que había de ser nervio y síntesis de la cacareada Liga, se ve claramente, al través de la disposición yanqui y de la declaración inglesa. Apenas si ha terminado la guerra, y ya empiezan los vencedores a desenmascararse, igual que en caso contrario hubieran hecho los vencidos. Todos se preparan, todos se arman. ¿Acaso se prevé otro futuro conflicto? ¿Dónde, pues, aquel principio de que era la última, la guerra europea? ¿De que se hacía la guerra para imponer la paz definitiva? ¿De que se perseguía como objetivo primordial el derrocamiento del militarismo?

Chile y el Perú no han llegado a escribir con sangre, el primer capítulo de la Liga de Naciones. Lo han escrito, sin embargo, Inglaterra y Norte América, con ese programa naval la última, con esa declaración de supremacía la primera, cosas ambas que huelen a futuros derramamientos de sangre... a no ser que los pueblos voten en contra...

Empiezan a meditar los pueblos. La situación en que se ha colocado la Confe-

deración del Trabajo de Francia primero, y después el partido Laborista inglés, dan de ello evidente prueba.

La actitud que ambas organizaciones, juntamente con el partido socialista alemán, observaron durante la guerra, no fué honrosa. Parecen darse cuenta de ello, ahora, cuando las burguesías han empezado a presentarse al desnudo, con todas sus ambiciones y todos sus cálculos y todas sus sordideces y todos sus egoísmos, tan inhumanos y tan antisociales. Así como el pueblo alemán, en la hora del desastre se ha sublevado, estos otros pueblos, en la hora de la victoria, se van percatando de que fueron, exactamente igual que los pueblos vencidos, miserablemente engañados; de que tendrán también que alzarse airados, al final, en la orga de protesta.

Si no fuera por este descontento y esta inquietud que se nota entre las multitudes de los países aliados, quizá a estas horas, no estando aún firmada la paz, se hubieran tirado ya, los gobernantes de estos países, los trastos a la cabeza, como suele decirse. Se observa la gran disconformidad que hay entre ellos, mejor dicho, entre las burguesías, a quienes sirven. Llegada la hora de repartirse el botín, todos quieren mayor parte. Únicamente el temor de que el descontento popular tome giros maximalistas, les contiene. Al Japón, que apenas si ha intervenido en la guerra, le han cedido sus aliados todo lo que pedía. ¡Una gran parte del botín! De esta manera se ha solventado un probable conflicto. ¿Se podrán, del mismo modo, solventar todos? Acaso sí, porque estas burguesías inglesa, francesa, italiana y norteamericana, son hábiles; no se quitarán por el momento descaradamente, el antifaz con que han hecho la guerra, porque ello pudiera dar incremento al maximalismo; acallarán sus egoísmos; pondrán un freno a sus ambiciones; les obligará a este sacrificio el temor de perderlo todo. Pero en silencio, callada y arteramente prepararan las armas para el mañana, los más astutos; los más faltos de escrúpulos no ocultarán sus intenciones. Ahí están los Estados Unidos con su programa naval; ahí está ese discurso del ministro inglés, que es una contestación categórica, aunque indirecta, a aquel programa.

Teniendo en cuenta estos miles aspectos del final de la guerra, adviértese en seguida el por qué algunos periódicos de los países vencedores, y algunos también de los países neutrales que estuvieron y están vendidos a las burguesías de esos países (igualmente que había otros vendidos a los países derrotados; ¿os dáis cuenta del triste papel de estos periodistas?), tienen tanto interés en que sean importantes y extensas las anexiones. Suponen que de esta forma, todos podrán contentarse. Antes de que finara la guerra, para mantener viva en la multitud la indignación que la llevaba a matarse, se le hablaba de la necesidad de libertar al pueblo alemán, de imponerle las ideas democráticas; se hablaba también de justicia... Ahora, aquellos postulados se han olvidado. Se habla solamente de anexiones y de indemnizaciones. La prensa inglesa, tan comedida, es la que más hincapié hace en esta cuestión. Esa misma prensa que ahora exige, después de la Alsacia y la Lorena para Francia, otras muchas condiciones, es la misma que en 1870 decía a Francia, que lo menos que Alemania podía exigirle eran la Alsacia y la Lorena, provincias que según *Daily News* del 20 de agosto de 1870, Francia había robado a Alemania cuando el reinado de Luis XIV. También dijeron los periódicos ingleses en aquel tiempo que Alemania tenía derecho a apropiarse tanto terreno francés como creyera conveniente para asegurar la paz futura. (Ahorramos al lector los textos). Los mismos argumentos de ahora

esgrimidos a la inversa. He ahí todo. De no existir latente descontento en los países aliados, ¡como surgió entre ellos otro conflicto en el momento de repartirse las ganancias!

El maximalismo ha tenido la virtualidad de evitar, por el momento, ese conflicto. Hubiera empezado él, negándole al Japón sus exigencias. La antigua rivalidad de este país con los Estados Unidos se hubiera exacerbado. Y antes de ser firmada la paz, probablemente ambos países hubieran emprendido otra guerra... Las conveniencias comerciales hubieran llevado al lado de los dos beligerantes a otras naciones. Y así la matanza no habría cesado. Los objetivos de esta guerra habríanse visto más paipablemente que los de la que termina, toda vez que radicaría en el descontento de uno o varios países por el poco resultado práctico, de ganancia, obtenido en el pasado conflicto. Los gobernantes se han percatado de que el pueblo acaso no les obedeciera, influido por el ejemplo de Rusia, tan cercano.

La amenaza de esta otra guerra, ha quedado en suspenso; no se atreven a desnudar sus ambiciones en esta hora de inquietud; temen que los pueblos se percaten de sus ruines finalidades. Se preparan, entretanto, para mañana. Y como hoy es la influencia del maximalismo la que ha desbaratado en cierto modo los cálculos sordidos, todos los países aunados se aprestan a derrocarlo, a combatir a ese imprevisto y poderoso enemigo.

En Rusia han desembarcado ya, en distintos puertos, fuerzas aliadas. Se dice que van allí a imponer el orden. ¿En nombre de qué? Admitamos que sean verdad todos los horrores que la prensa cuenta de Rusia; admitamos que sea igualmente cierto el terrorismo y el desorden y el caos. Los hombres que desataron el caos y el desorden y el terrorismo y los horrores de la guerra que acaba, ¿tienen derecho a recriminar a los rusos, suponiendo que sea cierto, lo que la prensa, al servicio de esos hombres, cuenta? Admitiendo, repetimos, que sea verdad todo lo que dicen que ocurre en Rusia, los únicos que tendrían derecho a censurar el proceder de aquellos hombres, seríamos los anarquistas, que no tenemos manchadas de sangre de la guerra europea, las manos. Pero las burguesías, los gobernantes, los negociantes de las naciones que guerrearán, ¿en nombre de qué orden van a combatir aquel *desorden*; en nombre de qué justicia combatirán aquel *terrorismo*; en nombre de qué armonía y solidaridad terminarán con aquel *caos*; en nombre de qué bondad, ni de qué ideas de humanidad, se opondrán a aquellos horrores? Por mucho mal, por mucho terror que traigan al mundo los rusos, apenas si llegarán a traerle una millonésima parte del que le trajeron las burguesías y los gobernantes coaligados para hacer la guerra que acabó; del que le traerán en el futuro, con otras guerras, si antes el pueblo no se ha alzado arrogante y enérgico pronunciando altivo un «¡Basta ya!» ¡Son llegados los tiempos en que no os necesitamos! Hasta aquí habéis expandido por el mundo el odio y la incomprensión y la infamia. Así como necesitabais de la explotación y la injusticia, necesitabais también de la guerra para seguir subsistiendo. Aunque tarde, nos hemos percatado del papel que en la humana tragedia representabais. ¡Basta ya! Ha llegado nuestra hora, que es la hora de la Humanidad. Sobre el informe montón de mentiras en que asentabais vuestras victorias se asentará ahora la razón. ¡La razón! ¡Tened! Ella será la que os derrotará. Y entonces, después de esta derrota, los hombres empezarán a ser libres.

Si el que tan desnudas se presentan las ambiciones de las burguesías puede acelerar el advenimiento de esta libertad, bien venido sea el caos de encontrados egoísmos que ahora se debaten, callada o descaradamente, en toda la tierra, en el páramo triste y desolador que es actualmente la tierra.

Ciudadano y productor

Una Constitución es un peligro y no una garantía. GIRARDIN

VIII

(Conclusión)

Aunque no entra en mi propósito, ni tengo competencia para ello, hacer el inventario de los conocimientos económicos, debo hacer algunas declaraciones pertinentes al plan que me he propuesto al desarrollar el tema.

Tiene el individuo necesidad como 20, por ejemplo, y sólo puede producir como 1, de lo cual resulta un déficit que imposibilitaría la vida si no se efectuara el auxilio recíproco.

Si el individuo produce como 1 es en el concepto de producir en una clase de productos; pero en esta clase única produce con exceso, y este exceso le proporciona recursos para adquirir lo que necesita y que los demás también tienen con exceso.

La sociedad, pues, es un agregado de productores que vive cambiando sus productos, satisfaciendo así las múltiples necesidades morales y materiales inherentes a nuestra naturaleza.

Son *productores*: los que cultivan las ciencias arrancando a la naturaleza sus secretos para ensanchar nuestra esfera intelectual y aumentar nuestra potencia productora; los que cultivan el arte sublimando nuestros sentimientos para hacernos más capaces de admirar lo bello y lo bueno y acercarnos a la felicidad; los que cultivan la industria y la agricultura atendiendo a todas nuestras necesidades corporales.

El sabio en su gabinete que estudiando intrincadísimo problemas, da con una solución que se traduce en un invento maravilloso; el geógrafo que desafiando las inclemencias climatológicas o de otra especie, se arriesga por el interior del África o desafia los fríos polares para determinar fijamente el inventario de nuestro planeta; el paciente observador que con su potente genio y admirable constancia sorprende los misterios de la vida de los infinitamente pequeños, descubriendo importantes leyes para la ciencia y la industria; el artista cuya inspiración le facilita medios para hacer vibrar las más recónditas fibras de nuestra sensibilidad; el obrero industrial que, en su lucha constante con la materia, elabora la infinita

variedad de productos con que provee a todas nuestras necesidades, comodidades y recreación; el obrero agrícola que, sufriendo toda clase de penalidades, atiende a nuestra subsistencia, y, en fin, cuantos hacen algo útil son *productores*, y únicamente por este concepto son miembros sociales.

Creo haber demostrado cual es el tipo social, el *verdadero socio*, si se me permite la frase.

He manifestado con cuanta claridad me ha sido posible que el *ciudadano* es una unidad ficticia, que en la historia representa el privilegio, que goza de los derechos civiles a expensas del trabajo del esclavo, siervo o proletario; del mismo modo que creo también dejar probado que la verdadera y positiva unidad social es el *productor*.

Cúmpleme ahora sacar la consecuencia final.

Las escuelas políticas que parten de la unidad *ciudadano* tienden a conservar en perpetua tutela al trabajador. Las antiguas lo declaraban francamente, considerando vil el trabajo. La moderna democracia cumple hipócritamente su misión sentando su igualdad en el sufragio, sin alterar las condiciones económicas de los individuos.

Las escuelas económicas que parten de la unidad *productor* sientan la base social en un terreno racional que iguala y dignifica a todos, y manteniendo esta igualdad con la firmeza de un principio indestructible llegarán a la solución del gran problema, y entonces tendrá cumplimiento la siguiente profecía de Proudhon: «En el porvenir se comprenderá más fácilmente la sociedad sin gobierno que la sociedad gobernada».

Mientras la organización, conservación y gobierno de la sociedad humana corran a cargo de la política, el trabajador, aunque se le llame ciudadano siempre será vasallo y siempre se verá obligado a alimentar una esperanza de emancipación.

Cuando la organización y conservación de la sociedad humana entren de lleno en el terreno de la economía, el hombre alcanzará su pleno desarrollo moral y físico, gozará de todos sus derechos en recompensa del cumplimiento de sus deberes como productor, y cada uno será una unidad de tanto valor como cada cual de las demás unidades, porque habrán desaparecido todas las desigualdades que la política creó, que la política conserva, que la política es incapaz de destruir.

A. LORENZO

DESPUÉS...

Nueva York, 21.—Mr. Woodrow Wilson ordenó que el día 28 de noviembre sea considerado como día de oración y acción de gracias e invita a todos los pueblos de la nación para que en dicho día cesen en sus habituales ocupaciones y den gracias a Dios, Soberano del mundo, en sus casas y en sus templos. Esta orden, firmada por el presidente y con el sello de los Estados Unidos y por el ministro de Estado, Roberto Lansing, está fechada en el distrito de Columbia a 16 de noviembre de 1918.—T. S. H.

Lisboa, 23.—El Gobierno portugués, accediendo a la invitación de los gobiernos aliados ha decidido enviar una expedición de soldados portugueses que acompañarán a los ejércitos aliados que han de ir a Rusia para ejercer funciones de policía, con el fin de restablecer la normalidad en aquel país.—*Radio.*

Nueva York, 24.—El almirante Tilor, jefe del departamento de construcciones marítimas, dijo que los buques construidos o que se construirán desde 1917 a 1920, suman trescientos cincuenta cazasubmarinos, 102 barcos patrullas, 35 o 40 submarinos, 50 dragaminas y cinco dreadnoughts. Se calcula que en 1920 habrá 350 destroyers dispuestos a prestar servicio. Actualmente, los barcos que forman la flota de los Estados Unidos se elevan a un millar.

Vanguardia, noviembre, 1918

La candidez humana es tan grande como la humana granjería. Sin la primera no sería posible la segunda; sin ambas la sociedad no sería el cienpies que tenemos a la vista, bautizado con el nombre de civilización para mejor disfrazar la tontería de los rebaños y la cuquería de los que les llevan a mal traer.

Aquí tiene el lector unas noticias telegráficas más que significativas si la gran masa humana piensa con su propio cerebro. Preguntemos: si la cacareada Liga de las Naciones ha de dar por resultado la paz entre los pueblos hermanos ya definitivamente para el trabajo, ¿a qué construir más escuadras? ¿No creen, pues, en esta paz futura, los que las mandan construir, y va a pasar lo que antes de esta guerra, en que diplomáticos, políticos y prensa burguesa pretendían justificar los grandes armamentos precisamente para asegurarla? «Si quieres la paz prepárate para la guerra», se decía, y la guerra fué la hija. ¿Se tiene o no se tiene la seguri-

dad de que la guerra que acaba de terminar es «la última»? ¿Se emprendió contra el militarismo o contra un militarismo? ¿Fué para defender principios democráticos de ciencia, de trabajo y de derecho o para defender principios religiosos exactamente iguales a los que animaban artemente el espíritu belicoso del militarismo prusiano? ¿Se ha destrozado media humanidad para acabar con las ambiciones de hegemonía política de unos pueblos sobre otros pueblos, como se ha hecho creer a las «galeras proletarias» para que se batieran, o para asegurar mejor la hegemonía económica de unas pocas democracias sobre otras que tendrán que ser satélites suyos forzados, hegemonía calcada en métodos de supremacía militar exactamente iguales a los que se dijo combatir? Si las pequeñas nacionalidades nacientes no han de temer ya los ataques de las grandes, ¿por qué continúan éstas armándose hasta los dientes si tienen vencido al enemigo imperialista? ¿No las obligarán con su ejemplo a imitarlas desconfiadamente gravando, como antes, todos los presupuestos nacionales? ¿Se arman las grandes naciones desconfiando de sus mutuas promesas de «lealtad gubernamental», considerando que el derecho que surja de la Liga de las Naciones será impotente por sí solo para asegurar la paz, otro «pedazo de papel» de fácil violación? En suma: ¿confiamos el porvenir a la fuerza de la razón o a la razón de la fuerza? ¿A la palabra o al cañón? ¿Al espíritu científico o a Dios? ¿A las voluntades humanas mancomunadas para el bien o al azar de los encontrados intereses? ¿Qué prometido *nuevo mundo* ha nacido, que lleva ya colmillos y garras como sus padres y masculla oraciones como sus abuelos? ¿Qué farsa va a ser ésta, señores directores de tragedias?

¡Imperialismo! ¡Democracia! ¿Qué bien suenan los nombres cuando son huecos como tambores! ¡Y con qué presteza se hacen matar las multitudes analfabetas por meras palabras! ¡Cuán fácil les es aún a las burguesías engañarlas y tenerlas contentas con las irrisadas pompas de jabón de sus políticos, socialistas inclusive! Mirad si no: el mundo tiene que transformarse con esta guerra. Va a salir un *nuevo derecho*. ¿Cuál? Los abogadillos de